

se dice en la citada descripción titulada Periplo, que solo los naturales proveen de productos del país las plazas mercantiles de las costas de Coromandel y del Malabar, como igualmente las de Ceilan.

Arriano, contemporáneo de Tolomeo, escribió bajo el título de Anabasis las campañas de Alejandro Magno y por vía de apéndice una descripción de la India, sacando sus datos de los escritos griegos existentes incluso el viaje costanero de Nearco. En esta obra dió Arriano todas las noticias sobre los habitantes de la India y sus usos y costumbres hasta donde eran conocidos en aquella época, de suerte que estaba en su género, lo mismo que la obra de Plinio, á la altura de los conocimientos geográficos, y ambas fueron y continuaron siendo durante toda la Edad media las únicas obras en que se aprendía la geografía.

Durante una larga serie de siglos continuó el comercio con la India por la vía acostumbrada de Alejandría; el consumo de las mercancías preciosas de aquel país iba aumentando en Roma y Constantinopla, habiéndose hecho ya una necesidad; pero no se aumentaron en la misma proporción los conocimientos sobre el país que las producía. Otra embajada india llegó á la corte del emperador Heliogábalo acompañada de Bardesanes, natural de Babilonia, el cual escribió lo que vió y oyó en esta ocasión; pero todos los escritos de este eminente sabio se perdieron, y solo sabemos lo que aprendió de él directamente el filósofo Porfirio. Desgraciadamente, este asceta pagano solo fijó su atención en lo que mas le interesaba, á saber: lo relativo á los Brahmanes y Samanes (*gramana*), sacerdotes de Budha, su género de vida y su ascetismo.

Por aquel tiempo, en el siglo III de nuestra era, llegaron á la India embajadas chinas, que luego, con el auxilio de muchos misioneros indios, hicieron en China una activa propaganda de las costumbres y doctrinas indias, especialmente del budhismo.

En la misma época habian ya fundado los sasánidas el segundo imperio persa después de haber conquistado la Partia, que á la muerte de Seleuco se habia hecho independiente de la Siria, habia continuado siéndolo cerca de cinco siglos y habia extendido sus fronteras hasta el Indo. Los reyes persas conservaron estas conquistas y las aumentaron imponiendo su dominio al Punjab y á la cuenca del Indo.

Tanto la Persia como la China estuvieron desde entonces en relaciones permanentes con la India, pero de estas relaciones pocas noticias llegaron á Europa, y de la China ninguna. Hasta estos últimos tiempos ni siquiera era conocido de nombre el célebre budhista chino Fa-Hian, que á fines del siglo IV fué en peregrinación á la India, recorrió visitando sus santuarios durante quince años y publicó una relación que tiene hoy una importancia grandísima.

Algo mas se sabe de las relaciones entre la India y la Persia, por donde pasaba el comercio terrestre que dió lugar á continuas contiendas entre los emperadores bizantinos y los soberanos persas. Los súbditos de estos no temían ya al mar como los del tiempo del primer imperio; sabían aprovechar la situación y las condiciones geográficas de su país para servir de intermediarios entre la India y el Occidente; subían con cargamentos de mercancías indias los ríos Eufrates y Tigris, y luego las llevaban y vendían desde allí en diferentes direcciones; y naturalmente, cuanto mas productivo y activo se hizo este comercio, mas empeño tuvieron en conservar su monopolio. El que nos ha dejado estos datos fué un monje egipcio, que antes habia sido comerciante, llamado Cosme Indicopleustes (navegante de la India) porque habia hecho muchos viajes á aquel país. Escribió una obra titulada *Topografía cristiana*, que revela mas al monje que al comer-

ciante, porque las noticias que da de los países y ciudades que visitó, incluso la isla de Ceilan, á la cual llama Sieteleva, del indio *sinhala-dvipa*, son de poca importancia; pero es interesante lo que cuenta de las comunidades cristianas que entonces ya existían en muchos lugares de la India y que dependían del obispo de Seleucia. Dos monjes y misioneros de una de estas comunidades llegaron hasta China, y consiguieron, burlando toda clase de vigilancia, llevar al emperador Justiniano semillas de gusanos de seda y la manera de criarlos, siendo así los fundadores de la sericultura en Europa.

Entretanto fueron otras embajadas chinas á la India, y muchos peregrinos chinos visitaron la patria del budhismo y los sitios donde vivió el fundador de esta religión; uno de estos, Hínan-Thsang, que visitó estos lugares entre los años 629 y 645, los describió, y su obra, conocida hoy, tiene para la ciencia geográfica tanta ó mas importancia que la de su antiguo compatriota Fa Hian.

No habian pasado dos generaciones desde la muerte de Justiniano cuando el mahometismo apareció en la escena y conquistó rápidamente dilatados territorios que al mismo tiempo quedaron sometidos á los califas. En los primeros veinte años después de la muerte de Mahoma, que ocurrió en el año 632, quedaron en poder de los califas el Egipto, la Siria y la Persia, y con ellos en manos de los árabes el monopolio del comercio con la India, cuyo emporio, puerto y centro fué la nueva ciudad de Basora, que con este objeto fundó el califa Omar allí donde juntan sus aguas el Eufrates y el Tigris. No tardó en ondear la bandera del profeta en la misma India, y á principios del siglo VIII se sometieron al califa un territorio tras otro de los que baña el Indo, donde luego se levantaron mezquitas sobre las ruinas de los templos indios. Pronto en todas las plazas mercantiles y marítimas de la India el número de mahometanos excedió al de los cristianos nestorianos, que rivalizaban allí con los demás súbditos de los califas en celo y actividad tanto mercantil como de propaganda religiosa; y por último, en todos los mercados de la India se oía hablar árabe. Los comerciantes y navegantes árabes se fueron mas lejos, á Sumatra y mas allá del golfo de Siam hasta China, y según las relaciones de dos comerciantes árabes de mediados del siglo IX era ya tan numerosa la colonia de sus compatriotas establecidos en Canton, que gozaban del fuero de jurisdicción propia. Estas relaciones y otras no menos interesantes que revelan los progresos de los árabes en el Oriente en los siglos VIII y IX, han sido descubiertas hace muy poco tiempo, y solo de entonces acá hemos sabido los conocimientos que ya en época tan remota habian adquirido los árabes de aquellas regiones marítimas y terrestres, y que los generales de sus ejércitos tenían orden de construir mapas geográficos, de fijar la situación exacta y los accidentes de los territorios que conquistaban; además de su misión principal de introducir de grado ó por fuerza su religión en todas partes y de apoderarse del comercio. Así fué que sus conocimientos de aquellas regiones, especialmente de la India, de sus habitantes y productos, de sus instituciones, ciencias y sabiduría excedieron en cantidad y calidad á los que habian llegado á reunir los griegos y romanos. Al propio tiempo los árabes, con grandísimo provecho de su ya floreciente literatura, utilizaron el saber y el progreso intelectual de aquellos pueblos lejanos, y llegaron á monopolizar el comercio excluyendo de él á todos los pueblos europeos, si no completamente, poco menos, porque todo el tiempo que duraron las guerras entre árabes y cristianos del Occidente, no quedó á estos otra vía de comercio con la India mas que la terrestre, sembrada de innumerables y terribles peligros. Sin embargo, cuanto mayor era la dificultad de procurarse los preciosos productos indios, que habian llegado á ser una

necesidad, tanto mas crecieron el deseo de tenerlos, el precio que se pagaba por ellos, y el beneficio que dejaban al vendedor. Este beneficio estimuló el arrojo de los hombres emprendedores para irlos á buscar en caravanas, que con sus cargamentos pasaban desde el Indo al Oxo; después atravesaban desiertos, hasta el mar Caspio, la Cólquide peligrosa hasta el Fasis; y si las mercancías se habian librado en tan largo camino de las muchas tribus de enemigos y salteadores que poblaban los territorios atravesados, eran transportadas por el mar Negro á Constantinopla. Esta ciudad era entonces el gran emporio del comercio de la India; y conservó su monopolio, que la hizo rica y floreciente, hasta que la codicia y la envidia de otras ciudades, en particular las de Italia, le hicieron la competencia. Las primeras señales de semejante rivalidad se mostraron á fines del siglo VII y desde entonces fueron en aumento; las ciudades marítimas mejor situadas se lanzaron á empresas cada vez mayores y mas atrevidas á medida que fueron creciendo las ventajas y riquezas adquiridas y la competencia mútua. Para disputar el excesivo beneficio que reportaba este comercio á los comerciantes de Amalfi y de Venecia, los mercaderes de Marsella (la antigua Masilia), enviaron sus buques á los puertos de Siria y del Egipto, comprando aquellas mercancías directamente á los almacenistas mahometanos. Con ellos trataron tambien los comerciantes de Venecia, Génova y Pisa, prescindiendo unos y otros del odio religioso y utilizando para sus granjerías mercantiles, los mahometanos sus peregrinaciones á la Meca, y los cristianos las suyas á los Santos lugares. Esta aproximación mercantil entre el Oriente mahometano y el Occidente cristiano existió tambien en los siglos VIII, IX y X. Sabemos la prosperidad mercantil que alcanzó Constantinopla, á pesar y en medio de sus luchas políticas interiores y de sus contiendas religiosas y teológicas; sabemos tambien que á pesar de las guerras que se suscitaban entre las ciudades marítimas de Italia, y de los peligros que hacían correr á sus naves los piratas y las escuadras mahometanas, el comercio de Levante aumentó el poderío y las riquezas de aquellas ciudades; pero sabemos muy poco acerca de la manera en que se hacia el comercio con los productos de la India, de las peripecias á que estaban estos expuestos y de las ciudades, pueblos y mares que los mercaderes debían atravesar; y nada sabemos de los conocimientos que respecto de la India llegaron con este motivo á Europa.

Las cruzadas contribuyeron en mucho mayor escala que las peregrinaciones á aumentar en Europa el conocimiento del Oriente y en especial de la India. Verdad es que los cruzados solo llegaron á Constantinopla, al Egipto, á Palestina y á la Siria; cierto que no fueron en paz ni con ánimo de aprender, como aquellos piadosos chinos budhistas que visitaron la patria de Budha, sino animados de espíritu guerrero y de odio religioso; pero de todos modos vieron mares y países lejanos, ciudades opulentas que enriquecidas por el comercio ostentaban un lujo desconocido de los occidentales; llegaron á ocupar algunas de estas ciudades como Antioquía y Tiro que en otra época habian sido emporios del comercio con la India; y las impresiones que llevaron á su país fueron semillas que germinando en miles de puntos, produjeron sus frutos mas ó menos bastos según los países y los individuos, y no se desarraigaron ya. Las repúblicas y ciudades mercantiles de Italia, Venecia, Génova y Pisa, fueron las que mas beneficios obtuvieron de aquellas expediciones, porque se hicieron pagar sus servicios marítimos y otros á precios exorbitantes y adquirieron de paso tambien territorios, factorías y privilegios mercantiles importantísimos. La república de Venecia llegó á principios del siglo XIII á dominar en Constantinopla, la Morea y algunas islas principales del archipiélago griego. Medio siglo después, los emperadores bizantinos fueron reintegrados en su capital con el auxilio de los genoveses, envidiosos del poderío de Venecia. Entonces los genoveses recibieron en premio á Pera, el arrabal mas importante de Constantinopla, que les hizo dueños del mar Negro y pronto de una parte del Quersoneso, alzándose su república á mayor poderío que la de Venecia.

En aquella época de rivalidad entre las dos repúblicas fué cuando Venecia bajo la autoridad papal celebró tratados con el sultan de Egipto, que concedió á los buques de esta república el permiso de entrar en los puertos egipcios y sirios, y á los comerciantes venecianos el de entrar y traficar en los mercados de Alejandría y de Damasco. Entonces dos patricios venecianos, los hermanos Polo, acompañados de Marco, hijo del uno y sobrino del otro, hicieron por segunda vez un viaje al extremo Oriente; pasaron comerciando á Palestina, luego atravesaron la Siria, y finalmente llegaron como la primera vez á la corte del gran khan. En servicio y con el favor de este soberano, el joven Marco, que entonces podia tener como 18 años, recorrió toda la China, llegó al Japon y pasó desde allí á la India, visitando la península indica y las costas del Dekhan, desde el país de los kalinga hasta el cabo Comorin, y desde allí por la costa occidental hasta Guzerat en el golfo de Cambaya. En el año 1295 regresaron los Polo á su país después de 25 años de ausencia. Marco Polo, á quien por sus riquezas llamaban algunos Maese *Marco Miliones*, y otros por sus inauditos viajes y por haber visitado países donde hasta entonces ningún europeo habia puesto los pies, designaban con el nombre de *el Indio*, pudo entonces dedicarse á describir los imperios tamules del Este con sus habitantes negros, los géneros de vida, industrias, costumbres y religiones de tantos pueblos y países como habia visitado, en particular de Comorin, donde abundan los monos, de las costas del Malabar, de las familias de los reyes, de las castas de los brahmanes, de los comerciantes, y en fin de todo lo bello, nuevo y extraordinario que en aquellas regiones habian creado la naturaleza y el arte. Escribió, pues, su biografía y sus viajes, según se supone, durante el cautiverio en que le tuvieron los genoveses, describiendo todo lo que habia visto y oído y produciendo una obra maravillosa que se imprimió dos siglos después y fué traducida á los diversos idiomas europeos.

Seguía entretanto la guerra entre las dos repúblicas mercantiles rivales, hasta que cincuenta años después de la muerte de Marco Polo, que ocurrió en el año 1323, quedó la victoria definitivamente por Venecia, cuyo poderío fué creciendo; y gran número de ciudades italianas é islas cayeron una tras otra bajo su dominio. No tuvo Venecia relaciones directas con la India, sino que continuó comprando las mercancías de aquel lejano país en los mercados egipcios y sirios, renovando á este efecto su tratado con el sultan mameluco. Sus comerciantes las llevaban á los mercados holandeses, alemanes y otros, á ciudades que con este comercio de tercera ó cuarta mano adquirieron tambien fama y riquezas. En Italia no tenia Venecia ya rivales temibles á pesar de los esfuerzos que hizo el comercio de Florencia después de Génova, y los demás países de Europa, Inglaterra, Francia y Alemania gastaban sus fuerzas en guerras interiores, de sucesión y de religión. Verdad es que Venecia perdió sus dominios en Grecia, pero tambien perdió los suyos la república de Génova; y en cambio Constantinopla, conquistada por los turcos, dejó de ser el emporio del comercio entre el Oriente y el Occidente. En la segunda mitad del siglo XV habia llegado Venecia á la cúspide de su poder; entonces imponía su voluntad á los papas; jamás habia florecido tanto su comercio, ni se habian cultivado en la ciudad de las lagunas



las artes y ciencias tan brillantemente. Pero entonces ocurrió el suceso que derrocó todo este poderío, toda esta magnificencia y todo este orgullo, á saber: el descubrimiento de la vía marítima que conducía á la India. Doce años después de haber descubierto Bartolomé Díaz el cabo de Buena Esperanza, y seis años después del descubrimiento de lo que se creyó ser el extremo oriental de la India, es decir, la América, los buques portugueses al cabo de diez meses de navegación conducidos por Vasco de Gama entraron en el puerto de Calcuta en la costa malabar.

Este descubrimiento señala una época en la historia de la India, en la del comercio, en la de la civilización y la comunicación de los pueblos, y en la de nuestros conocimientos de la India. Desde entonces el comercio europeo podía proveerse directamente de los preciosos productos de la India en los mercados del mismo país sin temor de vérselos arrebatados, junto con la vida de los mercaderes, por los mame-lucos, turcos, beduinos ni otras hordas salvajes. Si con las mercancías no llegaron desde un principio á Europa noticias y pormenores sobre aquel país y sus habitantes, se debió á que prevalecían entonces en la muchedumbre el afán de las riquezas materiales, y en los mas instruidos los ideales del Renacimiento, es decir, las letras y la ciencia del mundo antiguo greco-romano.

Poco tiempo tardaron en realizarse las esperanzas que habia despertado en Lisboa y los temores que habia suscitado en Venecia el feliz éxito de la expedición de Vasco de Gama. De nada sirvió á la activa república la escuadra que facilitó al sultán de Egipto para atacar y destruir las naves portuguesas en el Océano Indico, porque esta armada fué vencida, y en la misma India los portugueses respondieron á la hostilidad de los mahometanos, cuando el caso lo exigió, con la fuerza de las armas y con su decisión y arrojo. Sus factorías eran ciudadelas y en el término de pocos años construyeron un gran número desde la costa oriental del Africa hasta el extremo oriental del Asia, es decir, desde Mozambique hasta el Japon, y entre Goa, su establecimiento principal en la costa occidental de la India, y la isla de Macao en el golfo de Canton se apoderaron de la plaza de Malaca en la península del mismo nombre, tres puntos capitales entre los cuales la bandera portuguesa era señora de los mares. Desgraciadamente, todo cuanto habia ganado el Portugal bajo el cetro de su rey Manuel, soberano ilustrado y de gran talento, auxiliado por grandes capitanes como Gama y Albuquerque, lo volvió á perder cuando al rey Manuel y á estos grandes capitanes sucedieron en la madre patria la incapacidad, y en las colonias hombres inmorales, rudos soldados, gobernadores generales que organizaron expediciones piráticas contra el comercio musulmán, y bajo cuya protección se molestó á los naturales del país con el afán de convertir á todo el mundo, si no de grado, por fuerza. Allí ejerció una actividad ilimitada la orden de los jesuitas, que entonces acababa de extenderse á los dominios de Portugal, y se coronó la obra con el establecimiento de la Inquisición (1). Así se explica que el mismo siglo XVI vió nacer, crecer y decaer, cuando no desaparecer del todo, el poder portugués en la India, que quedó reducido casi á lo que es hoy día, al puerto de Diu, las ruinas de Goa y el reducido territorio inculto donde se hallan. Tanto desgobierno hizo que los holandeses cuando en el año 1595 se presentaron por primera vez en la India, fuesen recibidos como salvadores y libertadores.

Si queremos saber lo que se hizo bajo el régimen portugués para el mejor conocimiento del país en Europa, hay

(1) No fueron los jesuitas los que impulsaron el establecimiento de la Inquisición en Portugal. Véase la *Historia*, de Herculano.

(N. del T.)

que citar al historiador portugués Faria y Sousa, que describió los pueblos del Dekhan y su religión, el país de Guzerat y su capital Cambaya, Malabar, y, en una palabra, toda aquella costa, que era lo que mejor conocían los portugueses y que habia descrito en parte ya Marco Polo. Conviene, sin embargo, tener presente que Faria vivió y escribió en el siglo siguiente, después que en el anterior, el del descubrimiento, habian ya publicado lo que habian visto en aquel país dos aventureros, uno inglés llamado Ralph Fitch y otro italiano llamado Felipe Sassetti. El primero, que llegó á la India algunos años después del segundo, habia hecho el viaje por tierra hasta Ormuz, donde fué hecho prisionero por los portugueses, que le llevaron á Goa. De allí huyó, pasó las montañas y en Adra pudo embarcarse en una flotilla mercante y bajar con ella los ríos Jumna y Ganges hasta Alahabad (Prayága). Desde allí se dirigió á Benares, Patna y otras plazas y llegó finalmente á Odra ú Odrissa en el Este. Su descripción de este viaje al través del Indostán, la de las ciudades que visitó, de los habitantes y de su género de vida, es la primera que de esta parte de la India fué publicada por un viajero europeo. El italiano Felipe Sassetti, perseguido por la policía del Papa, huyó á la India; llegó á Goa algunos años después de 1580, donde permaneció cinco años, y fué el primer europeo que entre otros datos publicó algunos relativos al idioma de los brahmanes, diciendo que se enseñaba gramaticalmente y que tenia en sus formas, y particularmente en sus voces de numeración, una analogía sorprendente con el latín y el italiano. Añadamos que las cartas de Sassetti en las cuales se encuentran estos datos han sido publicadas por primera vez en nuestro tiempo, y hace poco también que el nombre del autor ha sido sacado del olvido en que habia caído.

Con el siglo XVII empieza la era de la formación de compañías mercantiles y de sus factorías permanentes en la India. La primera fué la «Compañía de los comerciantes de Londres que trafica con las Indias Orientales.» Esta sociedad fué fundada en 1600 y á fines del mismo año recibió de la reina Isabel la patente y ciertos privilegios por quince años. Dos años después los comerciantes de los Países Bajos fundaron otra sociedad análoga que fué dotada también de privilegios después de siete años de actividad y de haber recorrido sus buques los mares y puertos de la India y haber vencido á la escuadra combinada hispano-lusitana. Otros dos años después se fundó una sociedad mercantil francesa que se dedicó al mismo comercio, y hasta los mercaderes de Dinamarca quisieron tener su Compañía de Indias, que se constituyó en 1612, cuando los ingleses fundaron su primera factoría en el territorio indio, en Surate. Al cabo de unos veinte años constituyóse otra compañía inglesa que se fusionó al cabo de poco tiempo con la primera, sin contar muchos navieros y empresas menores que burlándose de la vigilancia de la compañía privilegiada hicieron el comercio con la India de contrabando. No otro objeto tenia una sociedad escocesa que se constituyó en toda regla; hasta que en 1695 se formó una por comerciantes escoceses que obtuvo real patente y privilegios mercantiles para hacer el comercio con la India. Las diferentes naciones y sociedades mercantiles se hicieron una tenaz y áspera competencia; cada adquisición en la India de cualquiera de ellas era objeto de envidia, y aguijón para alcanzar ventajas análogas para las demás.

Léjos de este ardoroso movimiento estaba casi solamente la Alemania, sin marina y devorada por guerras religiosas; solo algunos hijos suyos, jesuitas, la representaban en la misión de la orden en el Malabar, y algun otro ha sido mencionado después.

Todo este movimiento apenas aumentó en el extranjero

el conocimiento de la India y de sus condiciones particulares; solo los holandeses, que en el siglo XVII se establecieron en la costa de Coromandel y en posesiones portuguesas principalmente en el Malabar, pueden jactarse de que uno de sus compatriotas, Abraham Roger, comerciante de Amsterdam, que habia pasado mucho tiempo en la costa de Coromandel, fué el primer europeo que publicó algo de la ciencia de los indios, en 1651, en un libro titulado: *Opene Deure tot het verborgen Heidendoni* («Puerta abierta para penetrar en el oculto paganismo»), que dos años después fué publicado vertido al alemán en Nuremberg con el título de: «Descripción verídica de la vida, costumbres, religión y culto de los brahmanes en la costa de Coromandel y los países vecinos.» Este libro contenía cien sentencias sobre la vida racional del hombre y otras cien sentencias sobre el camino que conduce al cielo; unas y otras del sabio Bhartrihari (1). Estas sentencias habian sido facilitadas, traducidas al portugués, al curioso holandés por un portugués que se habia hecho brahman y se llamaba desde su conversión Padmanábha. Varios portugueses se habian convertido á la religión brahmánica, y pelearon en las filas de los indios y de los mahometanos contra sus mismos compatriotas.

En aquel mismo siglo vióse por primera vez el caso de que verdaderos brahmanes descubrieran algo de su ciencia sagrada. Fueron los que llamó cerca de su persona en el año de 1657 (1667 de la hégira) el joven y estudioso príncipe persa Dara Shakh de Benares, que entonces residía en Delhi. Estos brahmanes, para demostrar la superioridad de su religión, comunicaron al príncipe un número de glosas que enseñan el sentido oculto de los Vedas, y que fueron traducidas al persa, en cuyo idioma llegaron 120 años después á Francia, donde las tradujo al latín y las publicó Anquetil Duperron.

Trascendencia capital para el conocimiento de la India tuvo la fusión en el año 1707 de las dos compañías inglesas de la India. Los dominios y privilegios mercantiles de la sociedad unida se habian aumentado ya considerablemente; á la presidencia ó gobierno de Madrás habia añadido la de Bombay, y luego fundó otra en Calcuta, cada una con su territorio, en el cual tenia jurisdicción civil y penal y un ejército dividido en infantería, caballería, artillería y elefantes, como los ejércitos indios, pero con organización diferente. Estas tres presidencias formaban los vértices de un triángulo estratégico que dominaba la península indica. Mas adelante fueron puestas las tres presidencias bajo un gobernador y consejo central y comun.

Los holandeses, debilitados en su país por guerras exteriores é interiores, perdieron la preponderancia que habian tenido después de los portugueses en los mares y en el comercio de la India; las sociedades mercantiles nuevas que se formaron en Europa para el comercio con la India, como la de Ostende en 1717, la sueca en 1731, sin hablar de la de Emden en Prusia en 1731, tampoco tuvieron importancia ó se extinguieron luego. También el gobierno ruso, reinando Pedro el Grande, trató de abrirse por tierra una comunicación directa con la India, proyecto que desde entonces jamás ha perdido de vista.

El resultado de todo aprovechó á la Inglaterra, que pudo proceder libre y vigorosamente en la India, mezclarse en las contiendas de los soberanos indios, hacer tratados con ellos ó hacerles la guerra, y en fin, aumentar su poderío, su

(1) Hermano del rey Vikramāditya, gran protector de las letras, que reinó cosa de cincuenta años antes de nuestra era. La mejor edición de las 300 magníficas sentencias de Bhartrihari se encuentra en la *Sanskrit Anthologie*, de Haberland, Calcuta, 1847. La obra de Roger fué publicada, traducida al francés, en 1670, en Amsterdam. (N. del T.)

comercio y sus territorios hasta que estalló su guerra con la Francia, que tuvo su eco en la India. La Francia poseía hacia setenta años la colonia de Pondichery, á la cual agregó factorías en Malabar, Coromandel y Bengala.

Los reyes franceses, en obsequio de la Iglesia, habian establecido en sus dominios indios misiones católicas; pero sus misioneros, mas aficionados á las ciencias y mas instruidos que el clero de otros países, reunieron con celo inteligente y activo todos los manuscritos que pudieron y los enviaron á la biblioteca real de París. Al mismo tiempo sus colegas los jesuitas, establecidos en el Malabar, estudiaron el idioma y la literatura del país para poder sostener discusiones religiosas con los brahmanes, como lo atestiguan las gramáticas y vocabularios que redactaron y de los cuales enviaron ejemplares á París, y como lo prueba además una carta del padre Pons, escrita en Karikal en el mes de noviembre del año 1740. Esta carta claramente demuestra el para aquel tiempo considerable conocimiento que los misioneros franceses tenían de la gramática del idioma, de la ciencia, de los libros sagrados, de las doctrinas religioso-filosóficas y de sus principales representantes, y finalmente de la astronomía de los brahmanes, cuyos conocimientos, sobre todo en la astronomía primitiva, habian adquirido de Pitágoras los brahmanes, según el autor de la carta. Ocioso es decir que muchos de los datos de esta carta, dirigida por el padre Pons á su colega el padre Duhald, en París, son inexactos ó defectuosos. Duhald publicó esta carta en 1743, con otras edificantes y contemplativas de otros jesuitas, bajo el título de: «Cartas edificantes,» pero entonces no excitó la del padre Pons ningun interés especial, ni después, hasta que la sacó del olvido el distinguido filólogo Emilio Burnouf (2).

Un año después de la publicación de esta carta, en 1744, estalló la primera guerra entre la Inglaterra y la Francia en la India, y mas de una vez inclinóse la balanza de la victoria final á favor de los franceses. En 1749 se hizo la paz, que fué por demás efímera, y en la nueva guerra fueron enredados los soberanos indígenas de la misma India. En 1763 volvieron á hacer la paz los dos contendientes europeos, y en ésta salió la Francia perdiendo. Las hostilidades no cesaron y pronto estalló entre ambos una tercera guerra que duró diez y siete años y acabó con la paz de Mangalore en el año 1784, quedando los ingleses definitivamente señores de la India. La Inglaterra, ya por sus vastos dominios en toda aquella región y sus poderosos recursos, ya porque entonces pasaron los asuntos políticos y militares, es decir, la soberanía directa de las vastas posesiones de la Compañía de Indias, á manos de la corona y del parlamento, contra los cuales podían luchar menos todavía que contra la Compañía los soberanos indígenas grandes y pequeños, pudo establecer sólidamente su dominación. Esto no ha impedido que haya habido muchas guerras, ya con estos soberanos, ya con la Francia. A los príncipes indígenas daban los ingleses frecuentes motivos con su codicia, su sed de conquista y los consiguientes atropellos, injusticias y tiranías de algunos gobernadores generales, y á no ser por el fondo de honradez y de rectitud del pueblo inglés en masa y de su parlamento, que siempre se mostraron á tiempo, mal lo habria pasado el coloso británico en la India, ni podrian hoy registrarse las grandes investigaciones científicas que se han ido efectuando desde entonces. Este sentimiento justiciero del pueblo inglés condujo al gobierno á administrar la justicia á sus súbditos indios conforme á sus antiguas y propias

(2) Hijo del célebre orientalista Eugenio Burnouf y autor, entre otras obras notables, de un *Essai sur les Veda, ou introduction dans la connaissance de l'Inde*, 1863, y de un *Dictionnaire sanskrit-français*, con la colaboración de Leupol; París, 1862-1865.